PÁGINAS DE LA LEYENDA DE LA PAMPA

LA CAUTIVA

Antes de que el ejército regular consiguiese imponer á los indios el acatamiento á las leyes de la República, nada era más común que el *malón* (1) en las vastas llanuras del Chaco, y hasta en las regiones que, por hallarse más cerca de los centros de civilización, parecían deber estar á cubierto de tales desmanes.

El carácter hirsuto y batallador de las tribus nómadas, que ambulaban con sus mujeres y sus niños de una tierra á otra, batidos por los colonos y obligados á ceder palmo á palmo los territorios que les pertenecían, se arremolinaba á veces y se tornaba sangrientamente agresivo. Como el huracán de la Pampa, que arrasa las viviendas á su paso, se desencadenaba á menudo el *malón*, aprovechando un descuido de la guarnición militar. Primero era una nube de polvo que aparecía en el horizonte y se acercaba; después un torbellino de acero del que surgía un gran rumor, y por fin una brumosa confusión de centauros desbocados, que esgrimían flechas y lanzas, y entraban á las poblaciones en un vértigo de lucha, entre alaridos espantosos. Los colonos se parapetaban en las calles, se acantonaban en las casas y disparaban sus carabinas contra los

(1) Arremetida de los indios contra las pequeñas poblaciones indefensas.

agresores... Pero éstos traían un empuje tan brusco, una impetuosidad tan irresistible en el ataque, que lo arrollaban todo... Se posesionaban del pueblo hasta que venían refuerzos militares de la población más cercana, y, advertidos de su proximidad, se desvanecían en el llano. Pero durante los instantes que conservaban en su poder el villorrio, le imprimían la huella de su dominación, como un jinete brutal hunde las espuelas en los flancos del potro recalcitrante. En la atmósfera de pavor que difundía su llegada, los antiguos reyes de la región se libraban á la borrachera de su triunfo. Como las aguas de un mar que se desborda, se infiltraban por todas las rendijas, lo cubrían todo y ahogaban bajo su número al pequeño grupo de europeos asombrados y medrosos... En rachas incontrarrestables, de las cuales brotaba un clamor de venganza contenida, forzaban las cerraduras, invadían las casas, saqueaban los templos, violaban, mataban y destruían, como si aquella fuerza borracha trajera un hálito de disolución y de exterminio. Eran hecatombes espantosas que hacían pasar un estremecimiento de horror sobre el país. La racha dejaba tras sí arroyos de sangre, montones de cadáveres, ruinas, miseria y aldeas en llamas, que eran como piras que levantaba el vengador de la raza en derrota. Los caciques daban á sus huestes plena libertad de acción; y terminado el saqueo, en la niebla del crepúsculo, cuando todo tenía en la aldea devastada las huellas de la perturbación que la había conmovido; cuando las jaurías salvajes habían entrado por todas las puertas y habían paseado sus armas ensangrentadas sobre el acatamiento horrorizado de las gentes; cuando el hijo de América, en una crispada resurrección de los orígenes, había vengado una vez más la amarga humillación de su pueblo, el grupo dantesco de centauros desgreñados, de donde surgían las cabezas de algunos colonos clavadas en la punta de las lanzas, se alejaba tierra adentro, llevándose en su torbellino los rebaños, el dinero y las mujeres hermosas, hasta perderse de nuevo en la obscuridad de la noche...

Largacurá era el caudillo que más aterrorizaba á los habitantes de la fértil pero salvaje región que se extiende al Sur de la provincia de Buenos Aires, lindando con la Patagonia. Nunca habían podido dar con él las numerosas expediciones militares que habían salido en su busca. Su tribu acampaba unas veces en las grietas de los cerros, otras en los grandes matorrales inexplorados, y siempre conseguía escapar á la persecución del ejército. Cuando las fuerzas que le atacaban eran débiles, solía aceptar el combate; pero casi siempre desaparecía en la llanura, como si la tierra amiga, como si la tierra madre, se abriese bajo sus plantas para salvarlo del invasor. Y las coléricas expediciones cargadas de represalias que el colono aterrado lanzaba tras las huellas de la sangrienta hueste, se veían burladas por la fría habilidad y el conocimiento del terreno de que daban prueba los indios.

Cuando, con las artes de siempre, Largacurá utilizó un instante propicio y desencadenó sus hordas sobre la pequeña aldea donde trataba de rehacer la fortuna perdida en Monte-Carlo el conde de Renaudy, éste puso en juego su iniciativa, su resolución y sus estudios de Saint-Cyr, para salir del paso. Así que se oyó ese rumor de abejas que precede al ataque de los indios, De Renaudy reunió precipitadamente á sus vecinos más próximos, armó á algunos, alentó á los que vacilaban, organizó á todos y se atrincheró en la pequeña habitación.

De Renaudy estaba allí desde hacía seis meses, consagrado á la cultura de sus vastas plantaciones, en compañía de su mujer, una abnegada compañera que, habiendo sufrido mucho con las trapisondas de su marido, se felicitaba casi de aquel destierro obligado, y con su hija, René, una traviesa rubia de diez y ocho años, nacida en París, que suplía con elegancia lo que le faltaba de hermosura. De Renaudy había aceptado la situación provisoriamente, esperando ganar en pocos años el dinero indispensable para volver á reanudar su tren de vida. Aquel hombre, habituado al lujo y á las fiestas, no se resignaba á la monotonía laboriosa y á la triste solem-

nidad de las Pampas. Echaba de menos el bulevar, el club, las emociones de la existencia parisiense. Su mujer, en cambio, se había adaptado casi en seguida al aislamiento y á la tristeza de la nuevas costumbres. Pero, contra todas las previsiones, la que menos contrariada se mostraba, la que había aceptado la situación con más franco buen humor, era René, á quien habían fascinado el exotismo y las sorpresas que emanaban de la región y del medio. La juventud de René, internada primero en un colegio religioso, donde todas eran prohibiciones; trasplantada después á la atmósfera meticulosa de una sociedad arcaica, saltaba y se desperezaba al sol en aquella tierra libre, donde podía imponer carreras locas á su caballo, vestir á su antojo y gritar hasta enronquecer en los campos vacíos donde nadie podía oirla. Además, su poca edad no le dejaba sentir todavía ese apresuramiento por gozar y aprovechar las horas, que sólo viene después, cuando comenzamos á contar los años. René estaba en pleno triunfo de la savia, y no pensaba en saraos ni en trajes. Los ejercicios físicos á que se libraba habían acabado por virilizar en cierto modo su naturaleza, y era una muchacha sana, llena de vida, de ojos azules y tez blanca, con un rayo de sol en los cabellos y un chispazo de aurora entre los labios.

Así que comprendió la situación y vió los preparativos de lucha, reclamó su puesto junto á su padre, armó su carabina, dió consejos útiles, sembró la confianza y se dispuso como los demás á defenderse.

Los ocho peones que De Renaudy ocupaba en la hacienda no tenían más arma que sus cuchillos. Además, no se mostraban muy afanosos por secundar la resistencia de los extranjeros, á quienes apenas conocían. El nombre de Largacurá tenía para ellos cierto prestigio inconfesado. Y á la atávica simpatía por la vida de aventura del célebre cacique, se unía en ellos una sorda hostilidad contra los intrusos. Renaudy sabía que, en el desorden de la pelea, sus hombres desaparecerían para no volver más: en aquella tierra clásica de la aventura, los

peones eran también aventureros como Largacurá y como él mismo. De suerte que no se hizo ilusiones sobre el apoyo que le podrían prestar. Sólo confiaba en los cuatro colonos que se habían unido á él. Por lo demás, los acontecimientos fueron tan rápidos, que apenas tuvo tiempo de vislumbrar todas estas cosas. Los indios habían entrado ya á la población...

Por las lamentaciones, por los gritos y por el estruendo, Renaudy y los suyos seguían la marcha del peligro. Uno de los colonos se había izado sobre un armario, y por una lumbrera observaba los movimientos del invasor. Pero una flecha perdida vino á clavarse junto á él, y desertó del observatorio. Entonces quedaron librados á conjeturas, en espera ansiosa..., creyendo ver empezar á cada instante la carnicería. Porque así como otras tribus eran generosas y se contentaban con míseros latrocinios, la de Largacurá, que era inflexible y guerrera, llevaba las cosas á sangre y fuego, creyendo vengar así, según decían, á un hijo del cacique, que había sido fusilado por los soldados de la República.

Nada más espantoso que esos minutos mortales en que todos esperaron, con las manos crispadas, la arremetida de la turba. La habitación en que se habían encerrado era un comedor, cuyas ventanas miraban al camino carretero, al borde del cual se alineaban las escasas viviendas de los atrevidos pobladores. De Renaudy quiso ver lo que pasaba en la calle, y asomó la cabeza por una rendija... Era lo que él había previsto. La escasa guarnición de la aldea, vencida y arrollada por la avalancha salvaje, había quedado reducida á un puñado de soldados heridos, que se arrastraban á lo largo de las casas. Los indios eran dueños de la población. Si no llegaban refuerzos del fortín cercano, la catástrofe sería definitiva.

Entonces decidieron atrancar las puertas y las ventanas con los muebles... Pero antes de que tuvieran tiempo de poner el pensamiento en acción, un empuje incontrarrestable hizo saltar la puerta en astillas, y, en medio del clamor y la polvareda, apareció un racimo de caras terrosas y piqueteadas...

Fue un vértigo... Los colonos descargaron simultáneamente sus armas, y tres indios se derrumbaron entre el humo. Pero los demás siguieron avanzando, y se trabó una lucha cuerpo á cuerpo, en la que cada cual trató de defenderse á su manera. René, con las ropas desgarradas y el seno desnudo, había cogido su carabina por el cañón y se debatía como una fiera, asestando golpes terribles... Dos colonos rodaron, apretándose el pecho, por donde les salía la sangre á borbotones. La mujer de Renaudy, herida en la cabeza, agonizaba en un ángulo de la habitación. Muchos indios habían caído también. Pero parecía que por cada uno que quedaba fuera de combate surgían diez más. La abertura hecha en la puerta era como la salida de un hormiguero. De Renaudy, herido en el brazo derecho, se defendía con el izquierdo, empuñando valerosamente un sable, que abría grandes brechas en el enjambre cobrizo de los indios encarnizados. Sin embargo, llegó un instante en que no pudo más, y, sin abandonar la defensa, trató de intentar una fuga por la ventana que daba al campo. Paseó los ojos en torno, buscando á los demás para indicarles ese medio de salvación... Recién entonces comprendió la magnitud del desastre... En el desorden espantoso de la habitación vió los cadáveres de los colonos, que yacían sobre las baldosas; vió á su esposa, bañada en sangre, agonizando en un rincón, y, peor que todo aún, *no vió á su hija.*

—¡René!—gritó, dominando con su voz estertórea el clamoreo de los indios, que, al verle vacilar, le acosaban de más cerca y trataban de ultimarle.

Pero ninguna voz respondió á la suya...

Entonces adivinó lo que había pasado... Se la habían llevado cautiva... Y como si en el desmoronamiento de sus esperanzas y de su vida cobrara su organismo rebelde el vigor de un cíclope, arremetió ciegamente contra todos, sin atender á la defensa, tratando de abrirse un camino.

—¡René!—volvió á gritar con la desesperación de un náufrago.

Pero esta vez no tuvo tiempo para saber que René no le contestaba...

Arrollado y envuelto en un torbellino formidable, cayó acribillado de lanzazos y de golpes de maza...

Entonces los indios se desparramaron por las habitaciones, lanzando alaridos extraños y abriendo estrepitosamente todas las puertas. Vaciaron los cajones de los muebles, rompieron los espejos, hicieron grandes atados con las cosas de algún valor, y salieron otra vez al camino, donde se reunieron con los demás en grupos impetuosos y alborotados.

Pocos minutos después, bajo la azulada claridad de la luna, sólo se vió en el llano una gran masa de sombra que galopaba vertiginosamente hacia el límite, y sobre la devastación de lo que fue la pequeña aldea civilizadora, las grandes lenguas rojas del incendio, que cundían y se multiplicaban, haciendo más inexorable y más definitiva aún la obra de la muerte.

***

El rapto de René se consumó según el sistema de siempre. Después de atarle las manos, los indios la colocaron sobre el caballo del hijo del cacique. Este la pasó un brazo alrededor de la cintura, cogió las riendas, y, reunidos todos, encabezó la huída hacia los lejanos refugios ignorados, donde los antiguos reyes de la Pampa escondían su indómita fiereza.

Durante la carrera examinó á la mujer que llevaba en sus brazos. René, vencida por el horror de lo que acababa de ver, se había desmayado, y su cuerpo, flexible, sacudido por la carrera, reposaba sobre el indio, que la estrechaba blandamente. Sitlan, que tal era el nombre del hijo del cacique, no había visto jamás tanta delicadeza en un cuerpo de mujer. Le desató las ligaduras. Examinó la cabeza blanca y rubia, le vió sangre en la frente, y se la enjugó con su pañuelo empapado en perfumes indígenas. La herida era insignificante, pero se la envolvió y se la ató con un lienzo. Y como aquellos labios pálidos y marchitos le inspiraban una tenta-

ción violenta, el guerrero vigoroso y audaz, salpicado de sangre y de lodo, se inclinó sobre ellos y los besó dulcemente, como si temiera despertar á un niño dormido.

Sitlan era un atleta bronceado, lleno de gallardía y de nobleza. Su mirada luminosa y franca, sus rasgos regulares y su bigote naciente, le daban no sé qué aspecto superior, que infundía á un tiempo respeto y simpatía. Cuando robó el beso, sus ojos adquirieron una extraña expresión de dulzura.

Y fuese el roce de los labios, fuese el perfume violento del pañuelo, René comenzó á despertar y á abrir los ojos... Primero los paseó en el vacío, como si no se diese cuenta de las cosas ó continuara sumida en la placidez de un sueño. Después los fijó en el hombre que la tenía en sus brazos... Sus facciones se contrajeron horriblemente... Por sus ojos pasó un ala de locura... Y levantando sus manos, crispadas de terror, como si quisiera desgarrar el viento, lanzó un alarido espantoso, un llamado á la naturaleza, que retumbó en la noche... Después emprendió una lucha desesperada para desasirse y escapar... Sus uñas se clavaron en la piel del indio, sus dientes pugnaron por morder... Pero Sitlan la contuvo sin esfuerzo. Cuando René vió que era inútil tratar de huir, una bocanada de muerte le entró al corazón; la angustia le subió á la garganta, y estalló en sollozos rápidos y sordos, víctima de una crisis de nervios... Pero mientras élla seguía llorando en brazos de Sitlan, el caballo devoraba las distancias, seguido por el gran grupo mezclado de jinetes silenciosos cargados de botín, que hacían brillar sus armas bajo la luna.

La Pampa extendía sus llanos inmensos bajo el cielo, acribillado de estrellas... No se oía más rumor que el que producían los cascos de los caballos sobre la tierra reseca. Y la noche y la soledad, dueñas del horizonte, dueñas del mundo y del espacio, envolvían á la caravana como en una atmósfera de misterio...

Pocos instantes después los caballos, cubiertos de sudor, puestos al paso después de la larga carrera, abrían sus anchas

narices ante el benéfico frescor de la noche. Los guerreros, á cubierto ya de toda persecución, encendían sus cigarrillos y conversaban en grupos, con una melancólica lentitud que estaba en armonía con el paisaje. René sintió, como los demás, la solemnidad de la hora y del sitio. Interrumpió su llanto para mirar la vasta extensión que se alargaba sin fin, como una muerte. Los indios le infundían menos pavor que aquella soledad... Después trató de darse cuenta de lo que había ocurrido... Sólo recordaba escenas truncas de los primeros instantes de la pelea. La razón le volvió poco á poco... Entonces irguió la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está mi padre?

Sitlan hizo un gesto sombrío, que parecía simbolizar la amargura de la fatalidad, y apresuró el paso de su caballo.

Pero René repitió su pregunta con una ansiedad creciente, y el indio se vió obligado á mentir.

—Viene detrás de nosotros; lo verás en seguida—contestó en buen español.

—¿Y mi madre?

—También.

—¿Estaremos prisioneros mucho tiempo?—preguntó, algo repuesta, después de lo que acababa de oir.

Entonces Sitlan sintió la necesidad de decir lo que le había preocupado durante el camino...

—Ellos sí...—contestó con tristeza,—pero tú no...

René le observó con atención, porque había creído sorprender en aquel hombre una mirada nueva.

Sitlan completó su pensamiento.

—...Si quieres ser mía.

La indignación de René no pudo desencadenarse, porque habían llegado á las cuevas que servían de guarida á la tribu, y todos bajaban de los caballos y se entrechocaban en la sombra, asediados por las mujeres y los niños, que les saltaban al cuello y les hablaban en una lengua desconocida. Al resplandor de las antorchas, aquella multitud del color de la

tierra, que se apiñaba en subterráneos, parecía un enjambre de fantásticos insectos que horadaban el planeta en la media luz de una pesadilla.

René volvió á sentir que se le saltaban las lágrimas.

—¿Y mi padre?—preguntó de nuevo, sospechando que la querían engañar.

Pero Sitlan le dió tales seguridades, le hizo tales promesas, que acabó por serenarse...

Por orden del hijo del cacique le tendieron en un lecho de piel de tigre, le ofrecieron de beber... y después, René misma no supo lo que pasó; pero el viaje, las emociones de la jornada y el agotamiento de sus nervios acabaron por embotarla, y se quedó dormida.

Cuando despertó, al amanecer, Sitlan estaba frente á ella, sentado respetuosamente á cierta distancia, como si aguardara y temiera al mismo tiempo el instante en que abriría los ojos. René recordó la proposición de la noche anterior, y se irguió resueltamente.

—Quiero ver á mis padres—dijo con energía, mirando en los ojos á Sitlan.

Este comprendió que era necesario echar mano de otros recursos, y le contó una historia, según la cual, De Renaudy y su mujer habían sido llevados por error al campamento de otra tribu, pero «como no estaban lejos, no tardarían en venir». René exigió que la llevaran adonde estaban. El hijo del cacique invocó nuevos pretextos. Y se enredaron en una discusión, que ella hacía agresiva, comprendiendo el dominio que empezaba á ejercer sobre aquel hombre. Él contestaba con bondadosa humildad, porque sentía por la extranjera ternuras desconocidas. Por fin, acosado en sus últimas posiciones, sintiéndose perdido ante la fuerza avasalladora de los dos ojos azules, acabó por prometer que la llevaría así que cayera la noche.

René aprovechó la ventaja para seguir atacando.

—¿Qué mal te habíamos hecho nosotros—le dijo—para

que te lanzaras sobre la población y lo devastaras todo?

El hijo del cacique sonrió como si escondiera un secreto amargo. Luego hizo un gesto altivo y se resolvió á contestar.

—Mis padres fueron asesinados y despojados por los tuyos —pronunció lentamente, lanzando las sílabas como flechas...

En la manera como el indio dejó caer estas palabras, René vió más resignación que odio. Parecía que aquel hombre soportaba resignadamente una ley que se sentía incapaz de sacudir... Entonces René no quiso continuar hostilizándole, y trató de saber el nombre del sitio en que se encontraban. Pero Sitlan, tan dócil momentos antes, se negó enérgicamente á pronunciar una sílaba. René lloró. El indio hizo cuanto pudo por consolarla. Y de la lucha de sentimientos nació la confesión inevitable.

—Entre tu raza y la mía—dijo el hijo del cacique, como si hablara, más que para René, para su propia conciencia—hay grandes rencores acumulados. Ellos nos persiguen y nos expulsan de nuestro territorio; nosotros desbaratamos sus ciudades en formación. No somos ni más ni menos injustos, ni más ni menos sanguinarios. Pero ahora que me siento atraído hacia tí; ahora que veo que brotan en mi corazón no sé qué cosas nuevas, quisiera borrar ese pasado y recomenzar la vida... Yo soy el hombre rudo y primitivo que guarda en los campos inexplorados, junto á la naturaleza virgen, el último secreto de lo que fue. Tú eres de otra esencia. Pero te adoro y te deseo, quizá por eso mismo, porque me traes aromas de otra región... Si quieres, serás la reina de nuestra tribu nómada.

Y el atleta tenía al hablar así una sonrisa medrosa de niño tímido.

René le miró realmente por la primera vez. Hasta entonces le había considerado como una abstracción. Los ojos brillantes, la tez pálida, el porte al mismo tiempo tímido y marcial de aquel guerrero que suplicaba, la interesó un instante. Pero su angustia renació de pronto, sin saber por qué... Una agitación vivísima se apoderó de su espíritu. ¿Dónde estaban

sus padres? Quería verlos en seguida. ¿Por qué la tenían lejos de ellos?

Entonces comprendió el partido que podía sacar de la pasión de Sitlan.

—Si quieres que te conteste—repuso,—llévame adonde están mis padres. Mientras me sigas separando de ellos, serás mi enemigo.

En la fisonomía de Sitlan se dibujó una palidez de ajusticiado. Todo su rostro expresó una emoción indecible. René temió un acceso de cólera.

—Devuélveme á mis padres; después conversaremos—añadió, creyendo dar así una esperanza y calmar lo que ella suponía el despecho del hijo del cacique.

Pero éste había caído en un abatimiento singular. Sus ojos se clavaron en la tierra, como si buscaran las huellas de alguien. Después se alejó sin decir una palabra, sombrío y pausado...

René creyó que había llevado su rigor demasiado lejos, y le hizo llamar. Aquella niña de diez y ocho años tenía una serenidad, una audacia y una persistencia en las ideas que sólo podía explicarse por la vida libre que había llevado durante los últimos tiempos, y por los atavismos imborrables de una raza de luchadores. Pasada su crisis de desesperación, sólo pensó en reunirse con los suyos, y persiguió esa idea, aprovechando todo lo que podía serle favorable.

No la convenía indisponerse con Sitlan. Su salvación dependía de él. Por eso decidió hablarle de nuevo para borrar la impresión de sus palabras.

Cuando el indio reapareció, René le tendió la mano.

—Mira—le dijo, como si después de reflexionar se decidiera á una confesión atrevida,—haré lo que tú quieras; pero déjame besar antes á mis padres...

Sitlan apretó la mano entre las suyas, y, por toda respuesta, llamó á un indio y le ordenó que trajera tres caballos.

—¿Partiremos en seguida?—preguntó René, ahogada por la sorpresa.

—En seguida—repitió Sitlan.

Pocos minutos después, René y Sitlan, escoltados por un indio fiel, comenzaban á galopar de nuevo por las Pampas. Bajo el sol radioso, en la esplendidez del día, los caballos relinchaban y sacudían las cabezas, como si sintiesen la felicidad de vivir. Pero los jinetes no parecían notar aquella lluvia de oro. Sitlan pensó primero en su fuga de la noche anterior, en medio de la obscuridad, con René en brazos, como si se llevase un paraíso, y después en aquellos dos cadáveres sacrificados torpemente, que se vengaban ahora separándole de la mujer á quien quería. René siguió todo un hilo de inducciones para imaginarse lo que había pasado en la granja. Cuando Sitlan la tomó en los brazos y se la llevó, todos quedaban en vida. Su padre se defendía con tesón. Los soldados del fortín debían haber llegado á tiempo. Por eso habían huído los indios. Era la explicación más lógica.

Como Sitlan no despegaba los labios, hizo una pregunta:

—¿A qué hora llegaremos?—dijo, casi alegre, ante la perspectiva de la libertad.

—Dentro de tres horas.

—... ¿Y adónde vamos?

—A ver á tus padres...

—Sí—repuso René sonriendo;—pero, ¿dónde están?

—Bajo el techo de la casa—concluyó el indio con una voz cavernosa y triste.

René sacó en consecuencia que Sitlan estaba enfadado...

Hasta entonces habían corrido por un campo inculto y salvaje, por donde parecía que jamás habían pasado caballos... Cuando encontraron la primer huella de herraduras, Sitlan indicó con un gesto que debían detenerse.

—Aquí debemos separarnos—dijo con voz tenue, mirando hacia el horizonte;—¿ves esas marcas que ha dejado en la tierra humedecida por las últimas lluvias el paso de un jinete? Sigue por ellas, y llegarás...

René titubeó un instante, creyendo que tanta ventura era un sueño. Pero el hijo del cacique insistió:

—El camino es seguro; no puedes perderte...

Y luego, como si cediera á la tentación de hablar de un imposible:

—Si quieres volver á verme, ven hasta este sitio y deja una flor. Será una señal. Yo saldré á buscarte adonde estés. Y volveremos á huir de noche, bajo las estrellas, por la Pampa, cortando el viento...

René sintió frío en las espaldas, y se alejó al galope, sin atinar á despedirse. Cuando estuvo lejos, volvió la cabeza... El indio la seguía con los ojos, como si la acechara aún. Entonces la acometió un vértigo de miedo, y apuró á su caballo...

La tarde comenzaba á caer, y en el cielo surgían los primeros puntos luminosos. La tierra tomaba un color gris bajo el crepúsculo, dueño ya del horizonte... Una racha de aves obscuras flameó como una gran bandera sobre la tierra... Sus graznidos se prolongaron hasta muy lejos, en la soledad...

René siguió galopando hasta que la envolvió la noche.

De pronto creyó ver á lo lejos unas luces. Pero no eran las luces fijas de las ventanas de las casas, sino unas luces inseguras, que pasaban de un lado á otro, como si en vez de lámparas fueran teas. Al principio lo atribuyó á un espejismo. Pero después se convenció de que no era así. Llegó hasta percibir la silueta de los hombres que pasaban... Iba á castigar á su caballo para enterarse más pronto de lo que había, cuando una voz militar la detuvo.

Y un soldado con la bayoneta calada se adelantó á reconocerla. Cuando vió que era una cautiva que volvía á la población, la acompañó hasta la tienda del oficial que mandaba el destacamento.

El oficial era Julián Ramírez, un amigo de la familia Renaudy, con quien René había bailado alguna vez en las escasas reuniones familiares que celebraban los colonos.

Julián Ramírez arrojó su cigarrillo y miró á René, como si dudase de lo que estaba viendo. Su rostro tomó después una expresión dolorosa... Pero René no se apercibió de nada y le aturdió con sus preguntas: ¿qué había pasado? ¿dónde estaban sus padres?

Ramírez llamó á un soldado y le dió una orden inútil para ganar tiempo hasta encontrar qué responder.

—Están heridos—dijo, evitando la mirada de René.

Pero ésta se desató en sollozos.

—Vamos, vamos en seguida—clamó, cogiendo al oficial por el brazo.

Este se resistió. Entonces ella adivinó la verdad en un relámpago.

—¡Han muerto!—gritó con una voz rara de demente.

Y echó á correr, en la noche, entre los escombros...

Muy pocas casas habían quedado de pie. Las más habían sido destruídas completamente por el incendio. En cuanto á los colonos, los que no habían perecido estaban en el fortín, transformado en hospital y en asilo.

René adivinó todo en un minuto, y corrió, cayendo y levantándose, entre las ruinas, hacia el sitio en que había existido la casa de Renaudy. Ramírez le siguió, temiendo una nueva desgracia...

La noche era hermosísima, y el cielo, lleno de estrellas, parecía mirar impasible la desolación de los hombres. Sobre los escombros, en grupos, trabajaban los soldados, extrayendo cadáveres...

René se detuvo de pronto, y miró á su alrededor con los ojos muy abiertos y muy fijos, como si hubiera perdido la razón. De pronto vió algo que la hizo estremecer. Sobre una pila de ladrillos rotos y de maderas á medio quemar estaban extendidos dos cadáveres. No fue un grito, sino un sonido extraño lo que se escapó de su boca... Se arrojó sobre los despojos sangrientos de aquellos á quienes tanto había querido... Después se sentó sobre las piedras, como una esperanza que

viene á llorar sobre una tumba. Y en una insurrección de todas sus fibras, levantó los brazos al cielo y lanzó una carcajada que hizo temblar á las estrellas.

Ramírez la cogió por el brazo y trató de alejar de allí á la pobre loca...

MANUEL UGARTE

París, Marzo de 1903.